

La muerte: algunos detalles desde la arqueología

Por Adriana Macías Madero

Docente de la Unidad Académica de Antropología

Los primeros humanos enterraban a sus muertos desde hace 78,000 años, evidencia de esto se encontró en una cueva en Kenia donde se encontraron los restos de un niño de apenas tres años al cual se le preparó, lo que podría considerarse el primer entierro intencionado, para su descanso se colocó en posición fetal, envuelto en material orgánico posiblemente (piel u hojas) además como un cuidado extra se depositó debajo de su cabeza una especie de almohada de hojas.

Posteriormente en la cueva francesa La Ferrassie se encontraron registros que corresponden a hace 41,000 años, la evidencia correspondía a los restos de un niño depositados en un pozo de tierra para enterrar el cuerpo inmediatamente después de su muerte.

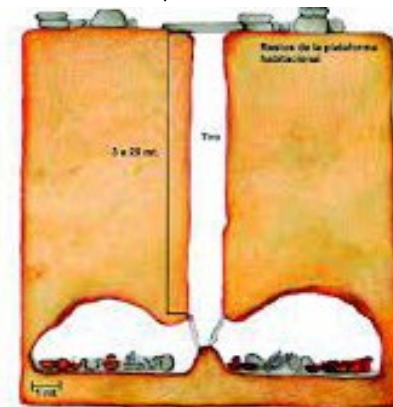


Pese lo anterior, los primeros en hablar formalmente de rituales funerarios fueron los hermanos Jean y Amédée Bouyssonie que descubrieron los restos de un neandertal de hace 50,000 años en la cueva de La Chapelle-aux-Saints, también en Francia. Según los Bouyssonie, la posición fetal del cuerpo y las herramientas que lo acompañaban en la zanja donde lo encontraron eran datos consistentes sobre un ritual funerario intencionado, como interpretación extra se destacó que, quienes realizaron el entierro tenían capacidad simbólica y creían en una vida después de la muerte.



En América, entre los siglos I y VII a. C., la cultura Nazca en el Antiguo Perú practicó por lo menos cuatro formas de enterramiento, una de ellas exclusivamente dedicada para infantes. De forma general, para cada ritual se elaboraban tejidos para envolver el cuerpo, el cual se preparaba de tal manera que permanecieran sentado, para lo que ataban con cordeles pies y manos para estabilizar el cadáver

Sudamérica y Mesoamérica compartieron varios rasgos estilísticos que dejan ver su contacto continuo, uno de los elementos más relevante es la práctica funeraria que se denomina Tumbas de Tiro, que consiste en excavar un pozo vertical con una profundidad de 2 a 20 metros, este túnel puede conducir a una o hasta tres cámaras funerarias, en éstas se depositaban además de cuerpos variadas ofrendas que representaban las actividades o el prestigio de los individuos (conchas, esculturas, vasijas y jade). Los lugares más representativos con registros de este patrón funerario se encuentran en el occidente de México (Nayarit, Colima y Michoacán) además de Colombia y Ecuador, las cuales tienen una temporalidad entre los años 200 a. C. y 600 d.C.



Existen otro tipo de tumbas que han sido reportadas por arqueólogos en todo el territorio de la antigua Mesoamérica, siendo una de las más elaboradas y ricas en ofrendas la Tumba 7 en Monte Alban dedicada a la Señora 4 Conejo Quetzal en el siglo XIV d. C., que se considera un santuario subterráneo, que se usaba frecuentemente para la veneración. Una de las ofrendas más representativas en dicha tumba fue un busto escultórico de oro.



En algunas otras culturas como la Otopame el tratamiento mortuario se hacía incinerando a los muertos a 800 o 900 °C para luego depositar las cenizas en urnas decoradas que se depositaban debajo de algunos edificios o áreas ceremoniales. Incluso se dice que los chichimecas practicaron la incineración y que portaban en pequeños morrales un poco de las cenizas de sus antepasados para que siempre los acompañaran.

Para los indígenas prehispánicos, la muerte era una constante algo presente desde el día que se nació, lo que complementaba y daba sentido a la vida, no había una ruptura entre ambos momentos.

En la época colonial toda la diversidad de tratamientos mortuarios se estandarizó se acostumbraba que las exequias de los pobres o "indios" las administrara la iglesia y que en los entierros se utilizara una cruz baja de madera. Mientras que para los españoles y criollos tenían una ceremonia más elaborada con toque de campanas, misas cantadas y velas para iluminar todas las horas de velación, cabe destacar que era grave que se omitiera dar aviso sobre la muerte de alguien, pues el castigo era la excomunión.

Cuando ya se hablaba de una muerte católica, se debía hacer un testamento donde se establecía las misas y novenario de rosarios que se debían ofrecer por la purificación del alma del difunto. Y lo que correspondía al reparto de bienes, si es que los había, se debía especificar como beneficiario principal a la iglesia

Las diferencias recaían en el estatus económico del difunto; sin embargo, en casa se podía recordar y mantener presente siempre a los ancestros, por lo que un año después de la muerte se preparaba un altar ceremonial, que podía barría entre dos a siete pisos, los primeros diferenciando lo celeste de lo terrenal, y los segundos destacando los pasos o niveles que todo hombre debe pasar para llegar al cielo.

Como elementos constantes en altar debían estar las siguientes ofrendas:

- a) Agua: como fuente vida que se ofrece a las almas para que mitiguen su sed después del largo recorrido y para que fortalezcan su regreso.
- b) Sal: elemento de purificación.
- c) Velas y veladoras: también suele utilizarse lumbreras de ocote. El fuego representa la fe o la esperanza que siempre esta encendida.
- d) Copal e incienso: Fragancia de reverencia que se utiliza para limpiar al lugar de los malos espíritus
- e) Flores: representan la alegría de recibir a los ancestros, además que Adornan y aromatizan el lugar durante la estancia del ánima.
- f) Petate: puesto para que las ánimas descansen.
- g) Izcuintle: el perrito que además de ser compañero de juego para los niños, el perro ayuda a las almas a cruzar el caudaloso río Chiconauhuapan, que es el último paso para llegar al Mictlán.
- h) Pan: representa el Cuerpo de Cristo, además como un gesto fraternal.

Las practicas mortuarias se adaptan a las necesidades emocionales y culturales de quienes las realizan, por lo que recientemente en los altares se han incorporado otros elementos como:

- a) retratos: de los difuntos que se venera o se espera recibir;
- b) imagen de la Virgen del Carmen que representa el purgatorio, y la posibilidad para para obtener la libertad del alma del difunto o bien una cruz pequeña hecha con ceniza;
- c) alimentos (frutas o guisados): representan la sangre, la amabilidad y el cariño para apacchar al visitante con los platillos que les gustaba comer en vida;
- d) calaveras de azúcar: alusión a la muerte;
- e) lico: recuerdo de acontecimientos agradables ;
- f) juguetes: para los niños y
- g) una cruz grande de ceniza: para que el ánima pueda expiar sus culpas pendientes.

Los altares simbolizan la paz en el hogar y la firme aceptación de convivir con la vida y la muerte como una dualidad que le da sentido a nuestra vida y a nuestros actos cotidianos.